

Mma. Recamier, por Gerard

aun un pintor militar (*Entrevista de Napoleón y del emperador de Austria delante de Viena.*)

Su alegoría tenía grandeza, su cuadro militar era ridículo, pero su talento no lo abandonaba á pesar de todo. Véase en el Campo de Marte, su *Ninfa y los Amores*, cuadro lleno de gracia lánguida y sincera, y de una ejecución fácil y corregiana

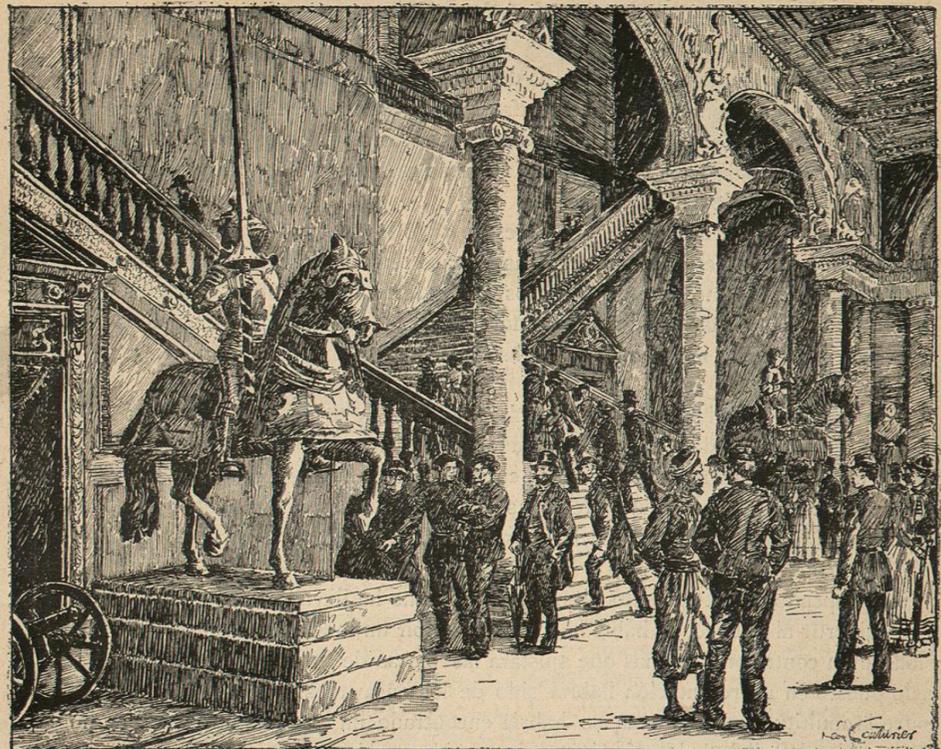
Pero á su lado véanse los retratos de Mma. Copia y de M. Antony (del Museo de Dijon). No cabe más penetración en la inteligencia de un tipo ni más delicadeza en la ejecución.

Así pues, cualesquiera que sean los extravíos de la pintura francesa, vemos nuestro espíritu nacional esforzándose siempre en reconquistar, en emancipar poco á poco á nuestros artistas de las concepciones extranjeras. Cuando se dejan llevar de su temperamento, son realistas y originales. La influencia italo-romana es lo que ha comprometido entre nosotros, por espacio de muchos años, nuestra originalidad estética. Pero la opresión ha sido tan terrible que sólo una revolución podrá barrer las verdaderas tradiciones. Esta revolución va á estallar: es el romanticismo.

L. de FOURCAUD.

dicho nunca que todo cuadro es el retrato de ciertos personajes en determinada acción? El retrato es el fondo mismo de la pintura de historia.

En Francia, más que en otra parte, la mayoría de los maestros son ante todo retratistas. Nada he dicho de Prud'hon, soñador, maestro exquisito, individualidad que se desprendió del espíritu neo-antiguo de fines del siglo XVIII y cuya pintura se nos presenta á principios de este siglo como la elegía del antiguo régimen. Los admiradores de David habían desconocido á este encantador de genio tierno y triste, y no debían haberlo desconocido. Prud'hon no pudo sustraerse más que otro á la influencia de la antigüedad; pero á lo menos, habíamos procurado visiones personales, evocaciones libres, extrañas á las fórmulas trilladas, envueltas en el más maravilloso claro-oscuro. Las circunstancias habían hecho de él un pintor de alegoría (la *Justicia persiguiendo al Crimen*) y



Peristilo del Palacio de la Guerra

EXPOSICIÓN DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

I

ARTILLERÍA. — INGENIEROS. — MARINA.

Aun antes de que se abriera la Exposición del Ministerio de la Guerra, había preocupado ya la opinión, y después de su apertura, excita más todavía la curiosidad pública.

Todo lo que atañe á la defensa nacional apasiona á la multitud, y cuando en marzo de 1888 se supo que las Cámaras habían votado un crédito de 800.000 francos para que representara dignamente á Francia en la Exposición el ramo de Guerra, muchas personas hubieron de empezar por indignarse.

— ¡Cómo! decían, ¿se van á entregar nuestros secretos al primero que venga, sea de Berlín ó de Roma!

Nada absolutamente se ha entregado. El Ministerio no quiere en este asunto engañar á nadie, y á los pretendientes de datos ó de autorizaciones para sacar croquis ó diseños, recomienda decir en todos los tonos que no se ha revelado nada que no lo estu-

viera ya, porque todo lo que exhibe es conocido del mundo militar europeo. Y aun añade modestamente que lo que hay que admirar en él no es la novedad, sino el conjunto y los detalles.

Los diversos modelos de las piezas de campaña y de sitio, montadas en afustes rodantes ó fijos, que vemos en el patio enfrente del porche, se replicará, están en curso de servicio. Ciertamente, pero han sido descritos, copiados, discutidos, hasta censurados. Nuestros vastos polígonos son públicos, nuestras escuelas de fuego frecuentadas, y siempre ha sido imposible ocultar esto.

Recordemos, por otra parte, que antes de 1870 habíamos ocultado nuestras ametralladoras. De esto esperábamos maravillas y acaso teníamos razón, porque después no se ha inventado nada mejor, pero nuestros generales y aun nuestros artilleros no sabían servirse de ellas. Las habíamos ocultado tan bien que no las conocíamos nosotros mismos. Ahora bien, no se improvisa el servicio de una máquina de guerra en el campo de batalla.

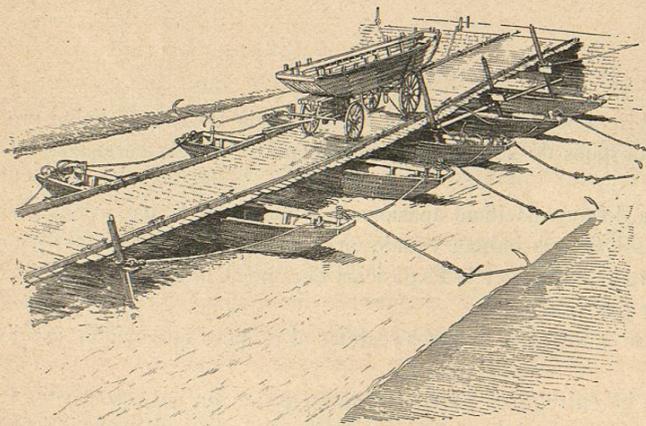
En cuanto al fusil Lebel y al cartucho Lebel, nada se ve de este invento en la Explanada de los Inválidos. Nuestros soldados aprenden su manejo en nuestros tiros, lejos de los celosos, de los malvados y de los curiosos. Para entrar en campaña se distribuirán oportunamente á todas nuestras reservas, y hasta entonces el fusil Lebel está bajo llave en nuestros depósitos y sus cartuchos contados. Este es un secreto y una verdad y no se ha exhibido en la Exposición.

A propósito de este secreto, el ministro del ramo ha llevado más lejos sus escrúpulos. Para divertir al público, se había imaginado exhibir un taller de artillería bajo la dirección de un contralor de armas que ajustara las piezas de un fusil de repetición. El modelo puesto en representación habría sido de los ensayados y desechados. Pero acaso, entre la multitud de papanatas se habría encontrado un patriota ilustrado que hubiera reconocido el fusil Lebel, y el ministro ha temido una interpelación.

He aquí por qué el taller anunciado hubo de quedarse en proyecto.

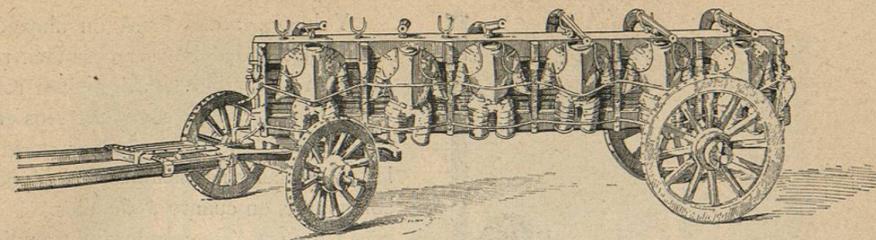
Habiendo ofrecido hospitalidad el Ministerio de la Guerra al de Marina, vamos á encontrarlos fraternalmente unidos.

Estas cuantas líneas de introducción eran absolutamente necesarias para que se comprendiera el alcance de la exposición militar.



Puente de barcas

Penetremos ahora en el palacio construido por M. Walwein, arquitecto del Ministerio de Marina. Generalmente se ha encontrado acertada su ornamentación, que evoca, en efecto, nuestros primeros recuerdos militares y el estilo arquitectónico del tiempo de Luis XIV y Luis XV, los soberanos organizadores de la ad-



Carro para los trasportes de armaduras

ministración regimental, del acuartelamiento y del uniforme. Acaso es un poco pesado y demasiado blanco, pero no deja de tener majestad haciendo reposar la vista del abigarramiento de colores de que es tan pródiga la Exposición actual.

Hemos dejado atrás el pórtico de entrada de Edad media y sus palomares, error sensible y al parecer sentido por su autor. Pero nada es perfecto en este mundo.

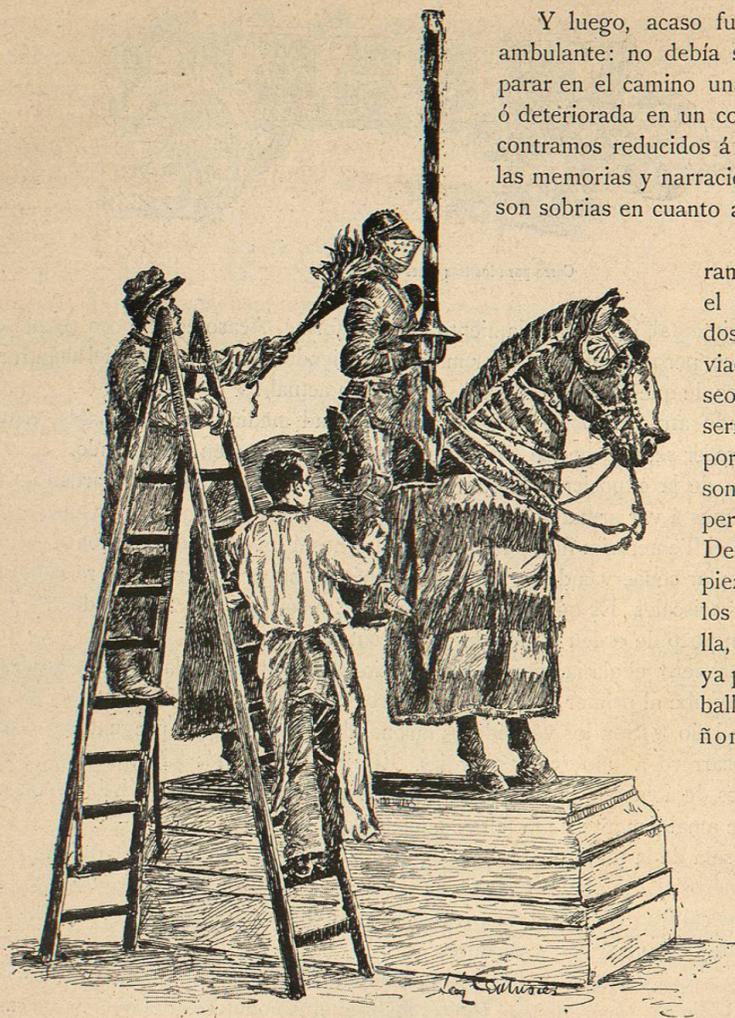
El programa de la exposición militar no se limita, como el centenario artístico, al último siglo. Vamos á ver armaduras del tiempo de Francisco primero, y cañones que datan de Carlos el Temerario: hay pues que prepararnos á un poco de cacofonía; tenemos que contemplar conservas de legumbres, después de haber admirado los retratos de todos nuestros mariscales. Es una exposición en la Exposición, un Estado dentro del Estado, y sin un poco de orden y método no nos entenderíamos.

Visitemos, primero, el ala izquierda del edificio; pasemos por delante de la escalera monumental que sube al primer piso. Dos caballeros cubiertos de hierro montan la guardia á uno y otro lado. «¿Son los verdaderos hulanos de la muerte?» ha preguntado delante de mí un chocarrero á uno de los guardias. El zuavo contestó: «Nó, son los jefes del 14.º de buzos de á caballo del rey Clodoveo.» Estas buenas gentes se habían cotizado para burlarse amablemente de la falta completa de rótulos.

La primera sala de la planta baja y las siguientes están destinadas á la artillería y al cuerpo de ingenieros. El ministerio está aquí en su casa: ha despojado su Museo de artillería y sus colecciones del cuartel de Inválidos para exhibirnos todo lo que el hombre ha inventado para destruir á sus semejantes.

Quedan muy pocos vestigios reales de la primera artillería: los sabios han escrito su historia, haciendo de los sacerdotes de Júpiter los primeros coheteros del mundo. Calcas, si hemos de dar fe al erudito general Suzane, hubo de ser el predecesor de Ruggieri: hacía el trueno con una mezcla de azufre, salitre y carbón comprimidos, y no como nuestros tramoyistas de teatro con una hoja ó lámina de hierro. Es verosímil; y pido perdón á los señores académicos E. Meilhac y L. Halevy de echar así por tierra el documento que introdujeran en el primer acto de la *Bella Elena*.

Casi todos estos lindos modelos que constituyen la historia de la Artillería han sido restituidos, rehechos ó reinventados en Santo Tomás de Aquino por nuestros oficiales arqueólogos, que son tan exactos como les ha sido posible, aunque algunos pudieran parecer un tanto fantaseadores. Ahí está el carro de las armaduras que no nos dejará mentir. Hoy, sin embargo, que se procura aligerar al hombre de guerra de pie y de á caballo, se debe comprender la utilidad de ese carro aliviando á los guerreros del peso de sus cascos, corazas, grebas, braceros, quijotes, golas, etc., durante la fatiga de una penosa marcha.



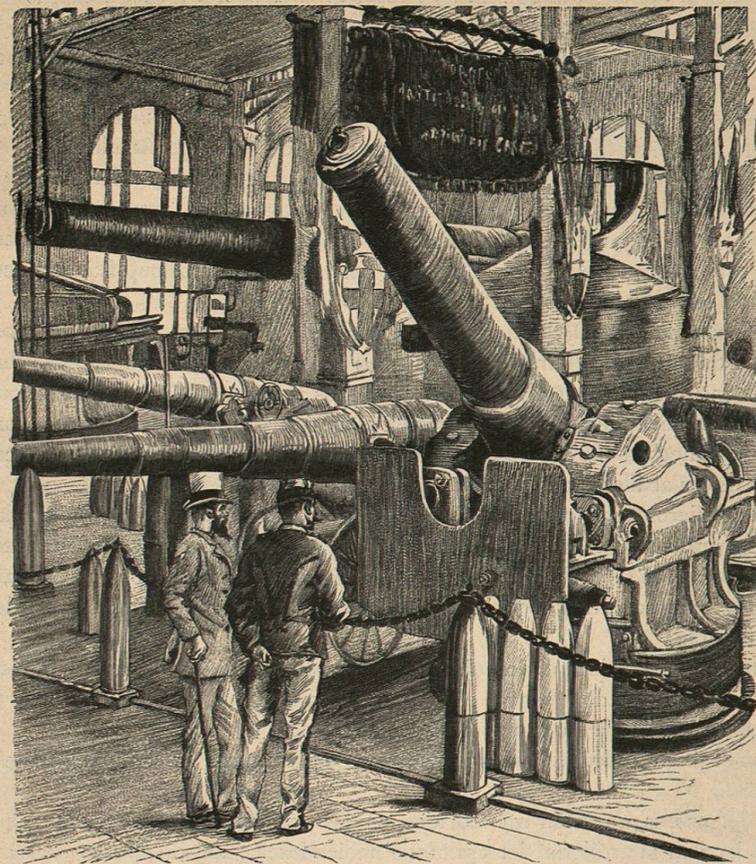
Limpieza de las armaduras

Y luego, acaso fuera un almacén ambulante: no debía ser cosa fácil reparar en el camino una armadura rota ó deteriorada en un combate. Nos encontramos reducidos á suponer, porque las memorias y narraciones de la época son sobrias en cuanto á detalles.

En fin, si pudiéramos examinar con el microscopio todos los modelos enviados por el Museo de artillería, sería cosa divertida, porque todos ellos son desmontables, pero muy pequeños. Desde las primeras piezas arrastradas á los campos de batalla, ya por hombres, ya por bueyes ó caballos, hasta los cañones uncidos y acompañados por sus auxiliares montados, que aparecieron en los primeros campos de batalla de la República, los procedimientos de fabricación

fueron bien diversos sin producir resultados muy diferentes. Desde que se hubo reconocido que sería la victoria de aquel que más rápidamente llevara los cañones á una posición importante, se propagó la artillería montada, que inventó Federico el Grande. Esta fué la obra maestra de la revolución francesa y del Imperio. Napoleón puso en ella la aplicación de su inmenso genio. Enemigo de las invenciones que habrían inmovilizado todo un material de guerra por su radicalismo, formó una artillería montada y un tren de artillería que le permitía utilizar todo lo que poseía.

Vino la Restauración y fundió material y personal en una organización nueva é ingeniosa. En efecto, las compañías de á pie y de á caballo que servían piezas uncidas por compañías de tren, fueron sustituidas por baterías rodadas, que arrastraban consigo sus piezas y cajas de municiones.



La Artillería de marina

Desde entonces se trasformó la pieza, pero quedó la batería como unidad táctica de artillería, así como la compañía es la unidad de la infantería y el escuadrón lo es de la caballería.

Esta historia lenta, pero progresiva siempre, puede seguirse en la planta baja del Pabellón de la Guerra. Acaso se hubiera llegado mejor á hacer comprender al público todas estas variaciones, si se hubiera sintetizado cada época de transición agrupando cuadros orgánicos al lado de los ingenios ó máquinas de guerra, y diseños, grabados, litografías representando las variaciones sucesivas de la parte indumentaria.

Pero ha faltado tiempo, como quiera que hasta marzo de 1888, como ya hemos indicado, no se decidió formalmente la exposición especial de la Guerra, y además, el público preferirá generalmente lo pintoresco á las clasificaciones documentales algo cerradas.

Hay, en efecto, con qué regalar la vista. Todo lo que tiene ó ha tenido importancia en la historia de la Artillería, todo está allí, un tanto revuelto, pero nada esencial se ha echado en olvido.